

Análisis crítico de la literatura para niños y adolescentes

La lectura

Leer, en cierto modo, representa para el niño sentar una hegemonía: la de su mente sobre la letra impresa. La palabra escrita es una de las múltiples incógnitas que el mundo circundante ofrece a esa fuerza arrolladora que es la capacidad cognoscitiva del hombre. El niño se lanza a leer, impulsado por la necesidad vital de desvelar todos cuantos misterios le rodean. Y a la paulatina satisfacción de la necesidad se asocia el placer de la dificultad vencida. Lo desconocido y extraño ha sido sometido a su poder de dominio. Un triunfo más de su personalidad.

Al niño le gusta leer; descifrar el oculto sentido de las palabras; penetrar el íntimo sentido de las letras. Inicialmente, el niño sólo descubre el mero significado intrínseco de los signos gráficos. Los identifica con un sonido correspondiente a su propio lenguaje hablado y, poco a poco, aprende a relacionarlos y a asociarlos hasta llegar a la total confección de palabras y frases. Mas, a partir de este momento, el niño deja de interesarse por las letras y empieza a hacerlo por la significación global de su conjunto. Es decir, descubre un nuevo misterio: el término y, luego, la proposición; finalmente, la argumentación.

Lo escrito

Las formas lógicas enumeradas o, en términos gramaticales, la palabra y la oración, atraen ahora al niño por su diaphanidad significativa. Su interés por la forma trasciende al fondo, y empieza a pensar en tanto que lee. Psicológicamente, el camino es en todo semejante a cualquier otro proceso de aprehensión y asimilación sensorial. Primero la simple imagen en cuanto a tal. Después, la idea. Al conocimiento extrínseco de la cosa, sigue la pregunta por el *por qué* de la misma. El conocer se hace ciencia y, aun, filosofía.

Una vez sabe leer, se pregunta qué es lo que lee, y al saber obje-

tivo añade, a continuación, elementos subjetivos que amplían y deforman el primero. Del mismo modo como, una vez conocida la caja de cartón le añade, con su imaginación, ruedas y trole y la convierte en tranvía, así lo leído, en su mente, adquiere proporciones y dimensiones difíciles de preveer, pero que, en todo caso, existe la obligación pedagógica de controlar.

El resultado íntimo y definitivo de la lectura en el niño será una síntesis, para decirlo en términos kantianos, de lo dado y lo puesto. Ahora bien, si lo que el niño ponga puede resultar, muy discutiblemente, inapreciable a priori, el conocimiento y la valoración de lo dado son perfectamente posibles. Y aun cabe exigir al psicólogo que, en un común denominador amplio, sepa hacia qué derroteros aproximados se encaminará la imaginación del niño según sea lo que se le ofrezca como elemento dado de lectura. La imaginación de un niño determinado puede convertir la caja de cartón antes mencionada en un aparato de televisión, pero la mayoría la transforman en vehículo móvil. No está, pues, realmente, fuera del alcance normal de la pedagogía ni de la psicología infantil señalar los efectos generales de un tipo de literatura concreto. Y a nadie escapará el hecho de que estos efectos son de una importancia capital en orden a la formación de la personalidad y el carácter futuros del precoz lector.

Existen psicólogos y pedagogos eminentes, contrarios, y no sin razón ni razones, al juguete complicado. La perfección de tales juguetes, dicen, coarta la imaginación del niño. El niño necesita tanto ejercitar su imaginación como sus músculos, y un juguete demasiado realista no permite añadidos ni sugerencias. La imaginación, en cierto modo, se anquilosa, se atrofía. El niño se hace positivista. Otro tanto podríamos decir de las lecturas. Lo que el juguete es al mundo de lo real y concreto, la lectura lo representa en el campo abstracto de lo ideal. Una literatura inadecuada puede dificultar el sano desarrollo de la inteligencia, con múltiples secuelas que abarquen de lo ético a lo patológico.

El material

Hora es ya de plantearnos la pregunta sobre la que se apoya el presente trabajo: ¿qué leen nuestros niños? Según datos publicados por el Instituto de la Opinión Pública, más del cincuenta por ciento leen sólo «tebeos». (Téngase muy en cuenta que la tal palabra está tomada en sentido genérico).

Asimismo, a una encuesta realizada por nosotros con las alumnas de la Escuela de Visitadoras Sociales Psicólogas —a la que nos referiremos más adelante con mayor detalle—, 70 maestras, que controlan un total de 7.213 escolares, dieron como lecturas preferidas de sus alumnos una serie de títulos que se encuadran plenamente dentro de esa denominación genérica a que acabamos de referirnos. Idéntico

resultado ofrecieron las respuestas de 65 padres de familia a quienes dirijimos también el oportuno cuestionario.

Este tipo de publicaciones, a las que nosotros preferimos designar bajo la denominación general de prensa infantil, alcanzan una difusión enorme. Tres de ellas, únicamente, tiran, en conjunto, un total de 355.000 ejemplares a la semana. (Al lado de esta cifra, resultan totalmente insuficientes los 75.000 ejemplares mensuales a que sólo llegan las tres más divulgadas de entre las revistas católicas para niños).

Con todo, debemos advertir que nuestra encuesta versaba sobre la presa infantil de carácter periódico y que, por lo tanto, quedan el margen de su resultado otras lecturas tales como cuentos o novelas. No obstante, estas otras publicaciones se leen, en todo caso, por añadidura, y su lectura no excluye la de las revistas de referencia. El hecho es, en suma, que ellas constituyen la base de lectura de nuestros pequeños. Conocemos, pues, el material, ya que quien más quien menos tiene una idea aproximada de la clase de publicaciones de que se trata, sin que sean necesarias otras concreciones. Veamos el análisis del mismo.

Presentación

Por razones probablemente de tipo comercial, el papel de la mayoría de estas revistas es de mala calidad y más bien obscuro. La impresión resulta harto defectuosa, y los caracteres, unas veces por pequeños, otras por poco acusados, son un tanto ilegibles. Los dibujos, base principal del «texto», son bastante rudimentarios e imperfectos, muy simple, con una simplicidad carente de toda gracia, y con evidente falta de proporción y perspectiva. En cuanto al colorido, éste resulta falso, apagado, pobre y de un acusado mal gusto en sus combinaciones. Tales características, consideradas en orden a la sensibilidad externa del lector, hacen que dichas publicaciones resulten por completo inapropiadas para el logro de una formación estética, y aun perjudiciales para el desarrollo normal del sentido de la visión. Si añadimos que tales características revisten un marcado signo negativo, tendremos como resultado no sólo una ineficacia constructiva, sino una cierta eficacia destructiva.

Lenguaje

Aunque no constituye el rasgo más saliente, son frecuentes las faltas de ortografía —llámeseles, si se quiere, «erratas de imprenta»—. Pero, lo que ya no es posible achacar al tipógrafo son los enormes y frecuentes errores sintácticos. La concordancia, nominal y verbal, el uso de preposiciones y conjunciones, la correcta calificación adver-

bial, el orden natural de la frase en castellano en fin, son algo prácticamente desconocido por sus redactores. Sin embargo, esto no es, todavía, lo más grave. Lo intolerable, rotundamente, es el léxico y la forma de expresión. Neologismos inaceptables, barbarismos inadmisibles, palabras inexistentes, onomatopeyas e interjecciones continuas. Lenguaje, en suma, primitivo e inculto, pobrísimo de significación lógica, que en nada contribuye a formar el vocabulario de sus lectores, si no es en forma indeseable.

Los factores reseñados adquieren una franca gravedad si se tiene en cuenta la importancia que la lengua, vehículo de exteriorización del pensamiento, tiene, a su vez, en la estructuración del mismo. Por lo común, el hombre que sabe pensar no tiene grandes dificultades en expresarse; pero, raramente piensa bien quien no posee un conocimiento mediano de su lengua. Nos referimos, claro está, a la posesión intrínseca del lenguaje, es decir, a la perfecta correlación entre el término y el concepto, no a la mayor o menor capacidad expresiva condicionada por la supeditación a la naturaleza física del sujeto. Un hombre sin vocabulario puede expresar sentimientos —por ejemplo por medio de la interjección—, pero difícilmente sabrá exteriorizar un razonamiento. Y aun, creemos, es poco probable que desarrolle una actividad mental aceptable en el campo de lo abstracto, pues, de hecho, gran parte de las ideas de este orden han sido adquiridas a través del conocimiento previo del vocablo correspondiente.

Contenido

El tipo de revistas que nos ocupan, suelen estar integradas por historietas jocosas, chistes, curiosidades «científicas», cortas biografías de artistas de cine; algunas insertan una ligera pincelada religiosa o moral. Domina, en conjunto, un tono que podríamos llamar humorista, de no ser que el verdadero humor merece un poco más de respeto que el que se le otorga en dichas publicaciones. Hasta aquí, y en principio, no habría gran cosa a decir; pero queda por analizar el argumento de tales historietas. Escogiendo unas cuantas al azar, resulta fácil comprobar una unidad argumental de fondo: la explotación de las desgracias y debilidades ajenas como base de hilaridad. Categóricamente: de la primera a la última, con contadas excepciones, pecan contra la más elemental caridad debida al prójimo. Un señor muy bonachón al que siempre ocurren calamidades; un individuo medio tonto del que todos abusan; una familia en la que especialmente el padre y la abuela están cometiendo continuos y reiterados actos absurdos y ridículos; tipos matones, vividores vagos; dos hermanas que se causan mutuamente cuanto daño pueden; personajes, en suma, todos ellos amorales, cuando no inmorales.

El lector de una prensa semejante —niños o adolescentes según la intención y propósito de sus editores—, se va familiarizando con el

escarnio, la falta de respeto a los mayores, la violencia, la mentira, el engaño con fines lucrativos; simpatizan con tipos groseros, ineducados, frívolos, faltos en absoluto de cualquier cualidad apreciable.

La verdad de todo cuanto antecede es de fácil comprobación con sólo elegir al azar, repetimos, un ejemplar cualquiera de los de referencia. Y ante una tal verdad, nos preguntamos si no resulta más que justificada una actitud de alarma. Es del todo imposible garantizar que ese tipo de prensa resulte inocuo para el lector. No diremos que todos los niños acaben tomando como modelo a sus protagonistas; pero tampoco nos vemos capaces de dar valor apodíctico a la aseveración contraria. En muchos casos, afortunadamente, los factores de educación difusa en que está inmerso el niño bastan; por sí solos, para establecer una compensación equilibradora. Mas no son desdeñables aquellos otros en que no existe compensación alguna en el medio ambiente. Y esto es así, hasta el punto que el Tribunal Tutelar de Menores de Barcelona no desdeña la hipótesis «de estudiar la literatura infantil como factor criminógeno».

La encuesta

Se podría argüir que lo expuesto responde a un enfoque personal y, cuantitativamente minoritario, y que el problema planteado no es tal problema. Nada más lejos de la realidad. Estamos firmemente convencidos de que la prensa infantil *a mano* entraña graves riesgos para la sociedad, y las razones expuestas en defensa de esta afirmación, hasta aquí han revestido un carácter meramente particular. Pero no somos de aquellas personas que, sin más, tienden a elevar a la categoría de certezas sus opiniones propias. De un tiempo a esta parte hemos venido cotejando nuestros puntos de vista al respecto con personas de mayor autoridad que la nuestra en la materia y, finalmente, decidimos llevar a cabo una encuesta sobre el particular. En ocasión del curso ampliatorio de Sociología, dado por nosotros a las alumnas de tercer año de la Escuela de Visitadoras Sociales Psicológicas, adscrita a la Cátedra de Psiquiatría, curso de carácter monográfico, cuyo tema versó sobre metodología sociológica, a modo de prácticas, se nos ocurrió realizar, más que una encuesta propiamente tal, un sondeo de opinión sobre la prensa infantil actual en nuestro país. Eficazmente ayudados por nuestras alumnas —a quienes damos una vez más las gracias desde estas líneas—, elaboramos ocho cuestionarios dirigidos, respectivamente a maestros y profesores; padres; médicos, psicólogos, pedagogos y sociólogos; miembros del Tribunal Tutelar de Menores; sacerdotes; censores; bibliotecarias; y periodistas. Omitimos el detalle de cada uno de los cuestionarios tanto por motivos de brevedad como por creer que resultará perfectamente comprensible a través de los resultados que, a continuación, damos.

CUESTIONARIO N.º 1 (Maestros y profesores)

Respuestas sobre la posible influencia en:

el lenguaje escrito . . .	73,7 %	SI
	5,3 %	ALGO
	21,0 %	NO
el lenguaje oral . . .	60,9 %	SI
	40,0 %	NO
el dibujo : : : : : . . .	50,0 %	SI
	50,0 %	NO
en los juegos : : : : : . . .	43,8 %	SI
	32,7 %	POCA
	23,5 %	NO
en la conducta	37,9 %	SI
	50,0 %	POCA
	1,8 %	QUIZA
	10,3 %	NO (Obsérvese como las respuestas totalmente negativas se elevan sólo al diez por ciento).
el gusto estético	70,5 %	SI
	29,5 %	NO

La opinión es, pues, mayoritariamente afirmativa. Veamos, ahora, cómo es esta influencia:

PERJUDICIAL :	60,0 %
CONDICIONADA	25,4 %
BENEFICIOSA : : : : : . . .	7,2 %
INDIFERENTE	5,8 %
COMPENSADA	1,6 %

Algunas de las razones por las cuales estas revistas son consideradas perniciosas:

INADECUADAS	17,5 %
FALTA DE RESPETO	10,0 %
DE MAL GUSTO	8,7 %
DEFORMAN	8,7 %
INTRASCENDENCIA DE LOS TEMAS	8,7 %
INMORALES	7,5 %
ESTUPIDAS	5,0 %
FALTA DE CONTROL	5,0 %

Por otra parte, se sugiere la necesidad de revistas adecuadas (25,5 %), bien dirigidas (17,6 %), **formativas** (13,7 %), culturales (11,7 %), instructivas (5,8 %), etc., etc.

CUESTIONARIO N.º 2 (Padres)

Contestación a una posible influencia en la actuación de los hijos:

57,4 % . . . NO
42,6 % . . . SI

¿Les gusta tal influencia?

73,1 % . . . NO
2,96 % . . . SI

Los resultados de este cuestionario son mucho más difíciles de reducir a tantos por ciento, pues los padres, en general, raramente saben desprenderse del subjetivismo inherente a su condición de tales; y sus opiniones son muy variadas y prolijas. En conjunto, empero, son de tono peyorativo.

CUESTIONARIO N.º 3 (Médicos, psicólogos, pedagogos, sociólogos)

Influencia en orden a:

el desarrollo de la psique normal y profunda.	ESCASAS	60 %
	NOCIVAS	30 %
	?	10 %
la higiene mental	NOCIVAS	55 %
	NULAS	36 %
	BENEFICIOSAS.	9 %
la educación difusa	ESCASAS	40 %
	NOCIVAS	30 %
	NULAS	30 %
la formación social	NOCIVAS	60 %
	ESCASAS	20 %
	BENEFICIOSAS.	10 %
	INADECUADAS.	10 %
la formación del carácter.	ESCASAS	45 %
	NOCIVAS	35 %
	INADECUADÁS.	9 %
	NULAS	9 %
	?	2 %

CUESTIONARIO N.º 4 (Miembros del Tribunal Tutelar de Menores)

Las opiniones expresadas en las contestaciones a este cuestionario concuerdan en todo con lo manifestado por dicho Tribunal en la ponencia presentada a la XVII Asamblea de la Unión Nacional de Tribunales Tutelares de Menores, celebrada en Burgos en octubre de 1956. Tanto por la autoridad del ponente, como por la claridad de la síntesis que, a este respecto, se hace en esta ponencia, nos hemos permitido insertar un extracto literal, a modo de resumen, al final de esta parte de nuestro trabajo.

CUESTIONARIO N.º 5 (Sacerdotes)

También aquí resultaría un poco confuso —y un mucho extenso— reducir a números las opiniones recibidas. Por ello, preferimos dar, únicamente, algunas de las calificaciones más unánimes: perniciosa, inmoral, trivial, vulgar, chismosa, obsesionante; ridiculiza la familia, los padres y la autoridad; desarrolla el espíritu de venganza; deja ideas de crueldad, sensualidad y materialismo; idealiza lo instintivo, *nunca* lo moral; despreocupa de los problemas vitales; incapacita para el estudio; fomenta la violencia y el salvagismo; poco apta para la formación de la mente y el corazón del niño. Y no queremos silenciar una respuesta que a nosotros nos parece muy aguda: «Los niños difícilmente consideran *malo* por sí mismo lo que sus padres y la sociedad les permiten leer».

Resumen

No queremos cansar al lector con la exposición detallada de los tres cuestionarios restantes. Digamos, sólo, que la opinión dominante es condenatoria, y vayamos a transcribir el extracto anteriormente anunciado:

«a) Presentación tipográfica descuidada y defectuosa, caracteres ilegibles, dibujos impropios procedentes, con frecuencia, de plagios o de cartones facilitados por las agencias extranjeras (Opera Mundi, United Press, etc.) y papel obscuro que dificulta notablemente la visión.»

«b) eLnguaje bárbaro, lleno de neologismos y extranjerismos, de frases de argot y de baja extracción, entrecortado con exclamaciones onomatopéicas, puñetazos y disparos, falto además de sintaxis y a menudo incluso de ortografía.»

«c) Carencia casi absoluta de sentimientos éticos, estéticos y religiosos; cultivo y exaltación de la sensualidad y de los ideales eróticos; simpatía por toda clase de seres patibularios, por las escenas de pe-

sadilla y de terror, de crimen y de misterio, por el uso de las armas y otros medios mortíferos, y por el predominio excesivo de la fuerza y de la violencia, aunque se pretenda revestir este aspecto bajo la fórmula —demasiado manida— de pretender el triunfo del bien sobre el mal. Ironía y humor a base de tópicos y a expensas de la caridad .que debemos singularmente a los seres más débiles del prójimo.»

«En resumen: Literatura apta para depravar el sentimiento ético y el gusto estético, y para conseguir el desequilibrio de la psique profunda del niño.»

CONSECUENCIAS

Las múltiples consecuencias que de tal prensa pueden seguirse están, en parte, implícitas en la exposición de los hechos y en la calificación condenatoria que acabamos de reseñar. Con todo, quisiéramos sistematizar un poco.

Axiológicas

Por lo que al valor belleza se refiere, una literatura como la que nos ocupa no puede sino deformar el gusto literario en particular y el artístico en general, pues los elementos plásticos, así como los de orden ideal, en ella contenidos, no son otra cosa que una exaltación continua del «insignificante estético».

No sale mejor librado el valor bondad. En efecto, la moral constante de la gran mayoría de las historietas y cuentos, y de los chistes sueltos, es una moral de superhombre, que es tanto como decir que resultan amorales o, peor aun, inmorales. Y eso de una manera aparentemente inócua, subrepticia, que en muchos casos pasa inadvertida, pero que penetra. El espíritu dominante, probablemente involuntario e impremeditado, es por completo contrario a la más elemental caridad cristiana.

En cuanto al valor justicia, el sentido que de él pueda formarse el lector es totalmente lamentable, y sus influencias, nefastas; no sólo en orden a la personalidad íntima del lector, sino a su condición de miembro de la sociedad.

Sociales

El niño con mentalidad de «semanario», que existe, es ya miembro de la colectividad humana y, en el futuro, será un ciudadano más. Pero este niño ha aprendido a considerar como natural la falta de respeto hacia el débil, el anciano y el pobre; a despreciar al maestro

ridiculizado; se ha familiarizado con la violencia como motivo de «risa». En fin, de la mentalidad de «semanario» el «gamberrismo» hay un paso muy pequeño.

Psicológicas

Entre otras, el desarrollo de factores angustiógenos en la psique profunda del niño; incremento de la agresividad, con todas sus posibles secuelas psiquiátricas; carencia de una personalidad convenientemente adaptada, debido a la inmersión imaginativa en un mundo fantástico, absurdo e irreal.

CONCLUSIONES

Teóricas

La solución de los problemas sociales es algo que trasciende el ámbito de la sociología. Sin embargo, esto no significa que el sociólogo deba moverse únicamente en un plano de abstracciones teóricas. No. La sociología es una ciencia de realidades y el sociólogo, un científico de hechos. Hechos y realidades producidos por y en la sociedad sin que, a veces, la misma sociedad tenga conciencia clara de su producción ni, mucho menos, de su alcance. Fenómenos con una realidad ontológica y axiológica —intrínsecamente inseparables—, cuyo pleno conocimiento requiere un enfoque científico. De ahí la necesidad de la sociología.

Mas el fenómeno social es reflexivo. Cuanto la sociedad hace, afecta directamente, y en exclusiva, a la sociedad misma. De aquí la necesidad social de la sociología. Ciencia que puede ser teórica, en cuanto estudia el hecho social como ente real, pero que debe ser práctica en tanto estudie la valoración trascendente de este hecho en vista de su repercusión sobre los futuros fenómenos sociales. Postura normativa, con un sentido regulador y progresivo de mejora y superación. La misión del sociólogo, pues, es analizar la sociedad para abstraer de su seno los problemas que su propia actividad crea, y, luego, una vez alumbrados, evidenciárselos y ofrecérselos debidamente planteados para que ella, y sólo ella, los resuelva. Porque el sociólogo no es un reformador social ni, menos aun, un revolucionario. La reforma de la sociedad, o la revolución si esta reforma es urgente, únicamente puede emprenderla y lograrla la propia sociedad. La actitud del sociólogo debe ser objetiva y meramente acusativa.

Prácticas

No obstante, la postura podría ser calificada de demasiado cómoda, ya que el sociólogo, a su vez, también es miembro de la sociedad y, como tal, debe sentirse afectado por los problemas de la misma, y tiene la obligación de colaborar en su resolución. En consecuencia puede, debe mejor, apuntar caminos, señalar posibles soluciones, aunque nunca, imponerlos.

Creemos necesaria una campaña de depuración, y la propugnamos. La legislación española a este respecto es, prácticamente, perfecta. La Dirección General de Prensa, del Ministerio de Información y Turismo, cuenta con una Junta Asesora de las Publicaciones Infantiles, creada por Ordenes de 21 de enero, 5 de febrero y 25 de abril de 1952 y ampliada por Orden de 10 de noviembre de 1954. Existe, asimismo, un Decreto y una Orden, por la que se aprueba el Reglamento de aplicación de dicho Decreto, ambos de fecha 24 de junio de 1955, que regula las publicaciones infantiles y juveniles. La Iglesia, por otra parte, es autoridad más que competente y tiene comisiones asesoras y derecho de censura. A su vez, pueden ejercer una gran labor depuradora tanto los maestros como los padres de familia. El control debe ser completo: moral y pedagógico, religioso y familiar.

Y no estaría de más establecer una protección decidida y un estímulo convincente para una auténtica y sana «Literatura Infantil».

R. VIDAL FOLCH.